

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Aposento en la granja donde habita Mariana

MARIANA sentada, un PAJE cantando.

PAJE.—«Aparta, ¡oh! aparta de mí tus perjuros y
»dulces labios; aparta de mí tus ojos brillantes,
»como el despuntar del día, antorchas que extravían
»á la aurora, y devuélveme mis besos, que en vano
»sellaron mi amor por ti.»

MARIANA.—Basta... retírate, que llega ya quien so-
focó tantas veces con sus sabias palabras los ayes
de mi dolor. (*Entra el duque.*) Excusadme, señor; no
deseaba ciertamente que me hallarais tan entrete-
nida con el canto, pero podéis creer que si endulza
mis penas, no me causa gran júbilo.

EL DUQUE.—La música no es por sí reprobable,
aunque su hechizo suele convertir el mal en bien, y
excita el bien al mal... ¿ha venido alguien á pregun-
tar por mí hoy? A esa hora cabalmente he prometi-
do hallarme aquí.

MARIANA.—Nadie ha venido á buscaros; he estado aquí todo el día. *(Entra Isabel.)*

EL DUQUE *(á Mariana.)*—Os creo sin vacilar. Acaba de dar, sin embargo, la hora. Os ruego que os ausentéis un momento. Quizás os llamaré pronto para algo que os ha de ser provechoso.

MARIANA.—Siempre me tendréis agradecida y dispuesta. *(Sale.)*

EL DUQUE.—A tiempo llegáis; sed muy bienvenida. ¿Qué nuevas me traéis del digno ministro?

ISABEL.—Hay un jardín cercado cuyo lado de poniente da á una viña; en esta viña hay una puerta de tabla que se abre con esta llave; esta otra abre una puertecilla que conduce al jardín; he prometido ir á encontrarle allí á media noche

EL DUQUE.—¿Pero estáis ya bien enterada del camino?

ISABEL.—Cuidé de recoger todos los informes necesarios, y dos veces me lo mostró con criminal exactitud, hablándome al oído.

EL DUQUE.—¿No habéis convenido en algo más, que le sea forzoso saber á esa infortunada?

ISABEL.—No; todo se reduce á una cita á oscuras; le dí á comprender que mi entrevista había de ser muy breve, pues le he dicho que me acompañaría un criado que debía aguardarme, creído de que me llevaba allí el asunto de mi hermano.

EL DUQUE.—Perfectamente; aún no he dicho una palabra de todo esto á Mariana. *(La llama.)* ¿Estáis ahí? Venid. *(Entra Mariana.)* Os presento á esta joven que viene aquí con objeto de seros útil.

ISABEL.—Mucho lo deseo.

EL DUQUE *(á Mariana.)*—¿Estáis persuadida de que me intereso por vos?

MARIANA.—Lo sé, padre; hartas pruebas tengo de ello.

EL DUQUE.—Tomad á vuestra compañera por la mano; tiene que haceros una confidencia. Yo guar-

daré que acabéis; mas daos prisa, porque la noche se acerca.

MARIANA *(á Isabel.)*—¿Queréis dar un paseo por algún lugar apartado? *(Salen las dos.)*

EL DUQUE *(solo.)*—¡Oh dignidad! ¡oh grandeza! ¡Millones de ojos pérfidos están fijos sobre ti! ¡Volúmenes de relaciones falsas y contradictorias, corren por el mundo sobre tus acciones! ¡Mil espíritus inquietos te hacen objeto de sus sueños insensatos, y te atormentan en su imaginación! *(Mariana é Isabel entran.)* ¡Ya de vuelta! ¿estáis de acuerdo?

ISABEL.—Dice que se encargará de la empresa, padre, si vos se lo aconsejáis.

EL DUQUE.—No sólo se lo aconsejo, sino que se lo pido.

ISABEL *(á Mariana.)*—Poco tenéis que hablarle; decidle simplemente al despediros en voz baja: *Ahora, acordaos de mi hermano.*

MARIANA.—Confíad en mí.

EL DUQUE.—Y vos, querida hija, no tengáis escrúpulo alguno; es vuestro esposo y no hay en esto pecado; la justicia de vuestros derechos absuelve este engaño. Partamos: la cosecha estará pronto en sazón, y hay que sembrar desde luego. *(Salen.)*

ESCENA II

Sala de la Cárcel

Entran el PREBOSTE y el BUFÓN.

EL PREBOSTE.—Ven aquí, tunante. ¿Podrías cortarle la cabeza á un hombre?

EL BUFÓN.—Si el hombre es soltero, sí señor; pero si es casado, será cabeza de su mujer, y yo no puedo cortarle la cabeza á una mujer.

EL PREBOSTE.—Vamos, dejad vuestros equívocos, y contestad. Mañana por la mañana, Claudio y Bernardino deben ser ejecutados. Tenemos aquí en nuestra prisión, al verdugo ordinario, que tiene necesidad de un ayudante. Si queréis encargáros de este oficio, eso os libertará de vuestros grillos; si no, cumpliréis entera la condena, y no saldréis de ella sin haber sido azotado cruelmente por escandaloso é infame.

EL BUFÓN.—De tiempo inmemorial he sido casamentero á despecho de la ley; no obstante, mucho me satisface llegar á ser verdugo legítimo, y recibiré con gusto algunas instrucciones de mi colega.

EL PREBOSTE.—¡Ola, Abhorson! ¿Dónde está Abhorson? ¿Estáis ahí? *(Entra Abhorson.)*

ABHORSON.—¿Llamáis, señor?

EL PREBOSTE.—Ahí tenéis un hombre que os ayudará en vuestra ejecución de mañana: si lo juzgáis apto para el oficio, contratadle por un año, y que viva aquí en la prisión; si no, servíos de él en la presente circunstancia, y despedidlo después; no será muy exigente; ha sido alcahuete.

ABHORSON.—Alcahuete, señor! desacreditará nuestro oficio.

EL PREBOSTE.—Vaya, que sois tal para cual; una pluma haría inclinar la balanza entre ambos. *(Sale.)*

EL BUFÓN.—Decidme, caballero (pues sois sin duda caballero y muy apuesto, si no fuese que tenéis cara de haorcado), ¿por qué llamáis oficio á vuestra ocupación?

ABHORSON.—Sí, señor... un oficio.

EL BUFÓN.—La pintura, sí, por lo que he oído decir, es un oficio, y vuestras mozas, siendo parte de mi ministerio, prueban con el uso de la pintura que mi ocupación es un arte; ¿más qué oficio puede ser el de ahorcar? no lo comprendería aunque debiese ser ahorcado.

ABHORSON.—Es un arte.

EL BUFÓN.—La prueba.

ABHORSON.—Los despojos de todo hombre honrado pertenecen al ladrón; si le parece muy pequeña su parte al ladrón, al hombre honrado mucho más; así, buenos ó malos, los despojos de todo hombre honrado pertenecen al ladrón. *(Entra el preboste.)*

EL PREBOSTE.—¿Estáis arreglados?

EL BUFÓN.—Vaya... estoy dispuesto á servirle; pues hallo que el oficio de verdugo, es más humilde que el mío; como que pide perdón con más frecuencia.

EL PREBOSTE *(al verdugo.)*—Vos, tunante, preparad el tajo y el hacha, para mañana á las cuatro.

ABHORSON *(al bufón.)*—Vamos, voy á instruirte en mi oficio; sígueme.

EL BUFÓN.—Dispuesto me hallo á aprender, señor, y espero que si tenéis ocasión de emplearme en vuestro servicio, alabaréis mi agilidad y presteza; esto os debo en premio de vuestras bondades. *(Sale.)*

EL PREBOSTE.—Traed aquí á Bernardino y á Claudio; mucho compadezco al uno, pero no sentiría la menor piedad por el otro, que es un asesino... así fuese mi hermano. *(Entra Claudio.)* Claudio: aquí tenéis vuestra sentencia de muerte. Es media noche y mañana, á las ocho de la mañana, seréis inmortal. ¿Dónde está Bernardino?

CLAUDIO.—Sumergido en sueño profundo como el inocente viajero, rendido de fatiga; no quiere despertar.

EL PREBOSTE.—¡Ah!... si hallara medio de favorecerle en algo... Vamos, id á prepararos, pero... oiga; ¿qué ruido es ese? *(Llaman á la puerta.)* Que el cielo os dé algún consuelo. *(Sale Claudio.)* ¡Voy!... Será el indulto... de Claudio... ó alguna prórroga. *(Entra el duque.)* Salud, padre.

EL DUQUE.—¡Que los mejores ángeles de la noche os rodeen, honrado preboste! ¿Quién ha venido aquí últimamente?

EL PREBOSTE.—Nadie, desde el toque de oración.

EL DUQUE.—¿Isabel no ha venido?

EL PREBOSTE.—No.

EL DUQUE.—Entonces va á venir dentro de poco.

EL PREBOSTE.—¿Qué consuelo traéis á Claudio?

EL DUQUE.—Hay alguna esperanza.

EL PREBOSTE.—Este ministro es bien duro.

EL DUQUE.—No, no: su vida se acuerda perfectamente con la más estricta justicia; con santa y austera abstinencia, doma en sí mismo las pasiones, que su celo intenta corregir en los demás. Si estuviese manchado con el vicio que castiga, sería entonces un tirano; pero dada su conducta, es justo. *(Llaman.)* Ya están aquí. *(Sale el preboste.)* ¡Qué hombre tan bueno!; es raro encontrar en un carcelero endurecido, un amigo de los hombres. ¿Qué ruido es este? Quién llama con tan fuertes golpes, apurado va.

EL PREBOSTE *(vuelve á entrar hablando con alguien desde la puerta)*.—Es necesario que espere ahí, hasta que se levante el oficial para hacerlo entrar: acaban de llamarlo.

EL DUQUE.—¿No ha llegado aún la contra-orden prorrogando la ejecución?

EL PREBOSTE.—No señor... ninguna.

EL DUQUE.—Pronto amanecerá... antes que despunte el día, algo sabréis.

EL PREBOSTE.—Es posible... pero me temo que no habrá contra-orden; no se ha dado nunca este caso. Por otra parte, Angelo, ante el mismo tribunal, ha declarado lo contrario en público.

(Entra un mensajero.)

EL DUQUE.—Este es un criado de su señoría.

EL PREBOSTE.—Tal vez trae el indulto.

EL MENSAJERO.—Mi amo os envía estas órdenes; y me ha encargado además deciros que no os apartéis en un ápice de lo que os prescribe, ni por lo que se refiere á la hora, ni al objeto, ni á circunstancia alguna. Buenos días; pues según parece, es casi de día.

EL PREBOSTE.—Obedeceré. *(Sale el mensajero.)*

EL DUQUE *(aparte)*.—Será la gracia de Claudio, com-

prada con el mismo crimen, por el cual debería castigarse al que acuerda el perdón! Rápidamente se propaga el mal cuando nace en el seno de la autoridad: si el vicio acuerda el perdón, éste se extiende tan lejos, que por amor á la falta, el culpable encuentra amigos. ¿Qué hay?

EL PREBOSTE.—¿Veis?... lo que os decía. Angelo, probablemente creyéndome negligente, me aguija con esta no acostumbrada exhortación que me parece muy rara... porque, hasta ahora, no la usó conmigo.

EL DUQUE.—A ver...

EL PREBOSTE *(lee la carta)*.—«A pesar de cuanto os digan, sea ejecutado Claudio á las cuatro, y Bernardino después de mediodía; y para mi mayor satisfacción, enviadme la cabeza de Claudio á las cinco. Cumplid puntualmente cuanto os encargo; importa más de lo que puedo deciros: no faltéis á vuestro deber; respondéis con la vida».—¿Qué decís á esto, señor?

EL DUQUE.—¿Quién es este Bernardino, que debe ser ejecutado á mediodía?

EL PREBOSTE.—Un bohemio de nacimiento, pero criado y educado aquí; nueve años lleva en la cárcel.

EL DUQUE.—¿Por qué el duque ausente no le ha devuelto su libertad, ó no lo hizo ejecutar? He oído decir que tal era su costumbre.

EL PREBOSTE.—Los amigos del prisionero se han movido tanto, que han obtenido algunas prórrogas; y en realidad hasta hoy, no se consiguió probar con toda certeza su delito.

EL DUQUE.—¿Y está claro ahora?

EL PREBOSTE.—De modo que no deja lugar á la duda, y él mismo está confeso.

EL DUQUE.—¿Ha mostrado en la prisión algún arrepentimiento? ¿Parece conmovido?

EL PREBOSTE.—Es un hombre que mira la muerte como un sueño; sin inquietud é indiferente á todo, así le importa lo presente, como lo pasado y lo por-

venir: insensible á la idea de la ejecución, creed que morirá como quien desespera ya de todo.

EL DUQUE.—Necesita, sin duda, quien le hable y le aconseje.

EL PREBOSTE.—No quiere oír consejo alguno; aquí ha vivido siempre con la mayor libertad. Aunque le proporcionaran medio de evadirse, se quedaría tan tranquilo. Está ebrio lo más del día, cuando no, días enteros. A menudo le hemos despertado como para conducirlo al cadalso y hasta enseñado la orden... y como si tal cosa.

EL DUQUE.—Volveremos á hablar de él dentro poco. Veo que la honradez y la firmeza de alma están escritas en vuestra frente; si no leo en ella vuestro carácter, digo que mi vieja experiencia me engaña de medio á medio esta vez; pero fiado en mi sagacidad, quiero exponerme al riesgo. Oídme, ese Claudio, que tenéis allí, con la orden de hacerlo ejecutar, no es más culpable que el mismo Angelo que le ha condenado. Para que comprendáis más claramente lo que os anuncio, pido sólo cuatro días de tiempo; y para eso es necesario que me acordéis hoy un favor harto arriesgado.

EL PREBOSTE.—Eh! ¿Cuál?... Decidme.

EL DUQUE.—Diferir la ejecución.

EL PREBOSTE.—¡Cómo! ¿cómo puedo hacerlo, habiéndose fijado ya la hora con expresa orden de entregar la cabeza del reo al mismo Angelo, so pena de pagar con la mía? Esto sería exponerme á sufrir la suerte de Claudio.

EL DUQUE.—Por el voto sagrado de mi orden, respondo de todo, si queréis seguir mis instrucciones. Que ejecuten en su lugar á Bernardino y que lleven su cabeza á Angelo.

EL PREBOSTE.—Pero Angelo conoce á ambos y reconocerá el engaño.

EL DUQUE.—¡Oh! la muerte sabe disfrazarse, y vos podéis ayudarla. Afeitadle la cabeza y atadle las barbas, y decid que así quiso el reo subir al cadalso.

Ya sabéis que esto sucede á menudo. Si luego no os dan gracias por ello, y no sacáis de aquí vuestra fortuna, juro, por el santo que venero como patrón, que os defenderé yo mismo con mi vida.

EL PREBOSTE.—Perdonad, buen padre, pero se opone á esto mi juramento.

EL DUQUE.—¿Y á quién lo hicisteis? ¿Al duque ó al ministro?

EL PREBOSTE.—Al duque y á sus representantes.

EL DUQUE.—¿Pero no estaríais plenamente convencido de que no habéis obrado mal, si el duque certificara la justicia de vuestra conducta?

EL PREBOSTE.—Sí, pero esto no es probable.

EL DUQUE.—No sólo es probable, sino que es lo cierto. Sin embargo, puesto que os veo tan tímido que ni mi hábito, ni mi integridad, ni mis razones pueden inmutaros, haré más de lo que era mi intento para desvanecer todos vuestros temores. Ved, he aquí la letra y el sello del duque: vos ya conocéis una y otro, me parece.

EL PREBOSTE.—Sí.

EL DUQUE.—Este escrito anuncia la vuelta del duque; leedlo después, cuando tengáis un rato, y veréis que antes de dos días estará aquí. Angelo nada sabe de esto; pues hoy mismo recibe cartas con muy extraordinarias noticias, que acaso le anuncien la muerte del duque, ó su entrada en algún monasterio; pero puede muy bien no ocurrir nada de lo que le escriben. Mirad, ya amanece... no os preocupéis pensando cómo salir de este enredo; fácil es vencer las mayores dificultades una vez conocidas. Llamad al verdugo, para que se disponga á ejecutar á Bernardino; voy á confesarle al instante y á prepararle para mejor morada. Veo que seguís perplejo; pero este escrito acabará de determinaros. Salgamos; es casi de día.

(Salen.)



ESCENA III

EL BUFÓN solo.

EL BUFÓN.—Observo que cuento aquí con tantos amigos como en mi casa. Se creería que me hallo aún con la señora Overdone; sí... aquí han venido á parar todos mis antiguos parroquianos... Aquí está el joven Rash; por de pronto le encarcelaron por un negocio de rancio jengibre, que importaba noventa y siete libras, y vendió por cinco marcos en dinero contante. Verdaderamente, entonces el jengibre no era muy buscado... todas las viejas habían muerto. También he visto á Caper, metido aquí á ruego de

un señor Troispoids, mercero, por cuatro vestidos de raso color de melocotón, que lo tienen reducido ahora á los andrajos de mendigo. Tenemos también al joven Dizi, y al joven señor Deep-Vow, y al señor Copper-Spur, y al señor Starve-Lackey, gran charlatán, y al joven Drop-Heir, que mató al robusto Pudding; y al señor Fort-Rigth, el ajustador, y al bravo Shoe-Tie, intrépido viajero, y al feroz Half-Can, que cosió á puñaladas á Pots, y otros cuarenta todos grandes parroquianos de nuestro oficio, y que están ahora aquí por su amor á Dios.

(Entra Abhorson.)

ABHORSON.—A ver, muchacho, tráete á Bernardino aquí.

EL BUFÓN (llamando).—¡ Señor Bernardino! Tendréis que dejar la cama, que os van á ahorcar!

ABHORSON.—¡ Arriba, Bernardino!

BERNARDINO (dentro).—¡ Así se os lleve la peste! ¡ Qué baraúnda es esa! ¿ Quién sois?

EL BUFÓN.—Vuestros amigos, señor... el verdugo. Hacednos el favor de levantaros y dejaros ahorcar.

BERNARDINO (dentro).—¡ Vete al diablo! tengo sueño.

ABHORSON.—Dile que es necesario que despierte y pronto... ¡ pronto!

EL BUFÓN.—Señor Bernardino, despertad hasta que seáis ejecutado, y dormid después si queréis.

ABHORSON.—Entra en su calabozo y sácalo fuera.

EL BUFÓN.—Ya viene, señor, ya viene; oigo crugir la paja.

(Entra Bernardino.)

ABHORSON (al bufón).—¿ Está el hacha sobre el tajo?

EL BUFÓN.—Ya está dispuesta.

BERNARDINO.—¿ Qué hay, Abhorson? ¿ qué nuevas tenéis que decirme?

ABHORSON.—Francamente, debiérais empezar vuestras oraciones, porque tenemos ya la orden de...

BERNARDINO.—Déjalo; he pasado toda la noche bebiendo y no me hallo en estado...

EL BUFÓN.—¡ Oh! tanto mejor; quien pasó la noche

bebiendo y le ahorcan por la mañana temprano, duerme luego todo el día magníficamente.

(*Entra el duque.*)

ABHORSON.—Mirad, aquí llega vuestro padre espiritual: ¿supongo que ahora no lo tomaréis á chanza?

EL DUQUE (*á Bernardino.*)—Amigo mío, movido de la caridad, y sabiendo que estáis próximo á dejar este mundo, vengo á prestaros algún consuelo y á rogar con vos.

BERNARDINO.—No, padre; he bebido grandemente toda la noche y no hay medio; ó me dan más tiempo para reconciliarme con Dios, ó será necesario que me rompan la cabeza á palos, no quiero morir hoy, vaya... ¡que no quiero morir!

EL DUQUE.—Amigo mío, es forzoso tender la mirada sobre el viaje que vais á emprender.

BERNARDINO.—Juro que nadie en el mundo será capaz de persuadirme á morir hoy.

EL DUQUE.—Pero, oye...

BERNARDINO.—No quiero oír nada: si tenéis algo que decirme, venid á mi calabozo... no salgo de allí en todo el día. (*Sale.—Entra el preboste.*)

EL DUQUE.—¡Desdichado! Ni para morir es bueno! ¡Oh corazón de piedra!

EL PREBOSTE.—Padre, ¿cómo encontráis al prisionero? (*A Abhorson y al bufón.*) Seguidle, amigos míos, y ejecutadle.

EL DUQUE.—No está dispuesto para morir; arrojarle á la muerte en el estado en que se halla su alma, sería condenarlo.

EL PREBOSTE.—Esta mañana ha muerto de una fiebre violenta en esta misma cárcel, un infame pirata de Ragusa que tiene la misma edad de Claudio, y las barbas y el pelo del color de los suyos. ¿Si dejásemos allí á este desdichado hasta que estuviese bien dispuesto, y entregáramos al ministro la cabeza del otro, que se parece más á Claudio?

EL DUQUE.—¡Oh! sin duda el cielo dispuso esta coincidencia. Despachad sin demora: se acerca el

momento; mandadle esta cabeza cumpliendo sus órdenes, mientras exhorto á ese bruto á que se resigne á morir.

EL PREBOSTE.—Así lo haremos desde luego, padre. Pero es necesario que Bernardino muera este medio día; ¿y cómo prolongaremos la existencia de Claudio, de modo que yo no corra riesgo alguno si advierten que vive todavía?

EL DUQUE.—Poned á Claudio y á Bernardino á buen recaudo, en un escondrijo secreto; antes de dos días gozaréis de la más perfecta seguridad.

EL PREBOSTE.—Fío completamente en vos.

EL DUQUE.—Pronto, despachad, y enviad la cabeza á Angelo. (*Sale el preboste.*) Ahora voy á escribir una carta á Angelo que le llevará el mismo preboste. Le diré que me dispongo á regresar, y que, por graves motivos, me veo obligado á entrar públicamente y con gran aparato, rogándole acuda á mi encuentro á la fuente sagrada, á una legua de la ciudad. Y á partir de allí procederemos con Angelo con toda mesura y circunspección. (*Vuelve el preboste.*)

EL PREBOSTE.—He aquí la cabeza: voy á llevarla yo mismo.

EL DUQUE.—Bien pensado: volved pronto; quisiera hablar con vos de algo que sólo á vos puedo confiar.

EL PREBOSTE.—Voy á dejarlo corriente todo. (*Sale.*)

ISABEL (*dentro.*)—La paz sea en esta casa... ¿Quién va?

EL DUQUE.—¡La voz de Isabel! Viene á saber si llegó el indulto de su hermano; quiero dejarle ignorar su felicidad, para ofrecerle los consuelos del cielo en su desesperación, cuando menos lo piense.

(*Entra Isabel.*)

ISABEL.—¡Ah! con vuestro permiso...

EL DUQUE.—Buenos días, bella y amable joven.

ISABEL.—Buenos serán, puesto que me los desea tan santo varón. ¿Ha enviado el ministro el perdón de mi hermano?

EL DUQUE.—Lo ha mandado ejecutar, Isabel; su cabeza ha sido cortada y enviada á Angelo.

ISABEL.—¡Cómo!... ¡eso no puede ser!

EL DUQUE.—Es como os digo: ejercitad vuestra razón, hija mía, y vuestra paciencia.

ISABEL.—¡Oh! Voy á buscarle y á sacarle los ojos.

EL DUQUE.—No seréis recibida.

ISABEL.—Desventurado Claudio! Desgraciada Isabel! Odioso mundo! Infernal Angelo!

EL DUQUE.—Estas imprecaciones no le hacen ningún mal; absteneos, pues, de ello; remitid vuestra causa al cielo. Atended á lo que os digo, y hallaréis que es la pura verdad. El duque vuelve mañana por la mañana. Vamos, enjugad vuestros ojos; un padre de nuestro convento, su confesor, me dió la noticia; avisó ya á Escalo y á Angelo de que se preparen á recibirle á las puertas de la ciudad, para hacerle entrega de su poder. Si lo podéis, obrad con la prudencia que quisiera, y obtendréis vuestro deseo, el favor del duque, y la estimación general.

ISABEL.—Me dejo gobernar por vuestros consejos.

EL DUQUE.—Llevad esta carta al hermano Pedro; en ella me advierte la vuelta del duque; decidle que deseo avistarme con él esta noche en la casa de Mariana; lo instruiré á fondo de su asunto y del vuestro, y luego os presentará al duque, acusará á Angelo, y lo confundirá. En cuanto á mí, pobre religioso, estoy ligado por un voto sagrado, y no me hallaré aquí. Llevaos la carta, id, y consolaos; enjugad vuestras lágrimas con firme y alegre pecho. No os fiéis jamás de mi santo ministerio, si os aparto del recto camino. ¿Quién va? *(Entra Lucio.)*

LUCIO.—Buenas noches, hermano, ¿dónde está el preboste?

EL DUQUE.—¿No se halla ahora aquí?

LUCIO.—¡Oh linda Isabel! Mi corazón se turba viendo encendidos tus ojos; conviene resignarte; ¡ah! desde ahora, soy capaz de no comer ni beber más que pan, y agua y apenas he de atreverme á lle-

nar el estómago por salvar la cabeza. Lo mismo sería que me alimentase con más succulentos manjares; pero dicen que el duque estará aquí mañana por la mañana. Por mi fe, Isabel, mucho amaba á tu hermano. Si nuestro viejo duque, que es hombre más jovial y amigo de tapadillos, hubiese estado aquí, Claudio viviría aquí. *(Sale Isabel.)*

EL DUQUE.—El duque tiene, en realidad, poco que ver con vos; pero lo bueno es que su reputación no depende de vuestros juicios.

LUCIO.—Hermano, no conoces al duque tan bien como yo; es mejor cazador de lo que imaginas.

EL DUQUE.—Vamos, responderéis un día de todo esto. Dios os guarde.

LUCIO.—No, quédate; quiero acompañarte; te contaré bonitas historias del duque.

EL DUQUE.—Hartas me habéis contado, si son ciertas; y si no lo son, no acabaréis nunca.

LUCIO.—Una vez, comparecí ante él por un desliz.

EL DUQUE.—¿Esto hicisteis?

LUCIO.—Sí, lo hice; pero juré que no: de lo contrario me hubieran obligado á cargar con ropa usada.

EL DUQUE.—Quedad en paz. Vuestra compañía es más agradable que decorosa.

LUCIO.—Vaya, te acompañaré hasta la esquina; si mi conversación te ofende, no tendremos mucho que hablar juntos. Vamos, hermano, soy una lapa y no he de soltarte fácilmente. *(Salen.)*

ESCENA IV

Sala de la casa de Angelo

Entran ESCALO y ANGELO.

ESCALO.—Cada carta que ha escrito ha contradecido la anterior.

ANGELO.—Y del modo más extraño. A juzgar por sus acciones, parece loco. Dios haga que no se haya alterado un poco su razón. Vamos á ver... ¿por qué salir á recibirle y hacerle entrega de nuestra autoridad?

ESCALO.—No adivino el motivo.

ANGELO.—¿Y por qué quiere que hagamos publicar una hora antes de su entrada, que si alguien pide reparación de cualquier injusticia, tenga que presentar su petición en la calle?

ESCALO.—En esto se muestra juicioso; será sin duda con objeto de resolver y terminar en un día todas las quejas y libertarnos de una vez de las intrigas, que así, luego, no serán oídas.

ANGELO.—Muy bien. Haced pregonar la orden; mañana temprano iré á encontraros en vuestra casa. Pasad aviso á las personas de distinción que deben salir también á recibirle.

ESCALO.—Lo haré. Adiós. *(Sale Escalo.)*

ANGELO.—¡Buenas noches! Esta acción me trastorna completamente, me hace incapaz de pensar, y estúpido para cualquier asunto. ¡Mancillar así la inocencia de una virgen! y eso ¿quién? un personaje importante que aplicaba la ley dispuesta contra este

delito! Sin duda su tierno pudor la obligará á callar... Sin eso, ¿cómo podría delatarme? ¿Pero qué podría contra mí su delación? Nada; el peso de mi autoridad y mi reputación es tal, que ninguna acusación particular puede oponérsele, sin que aplaste al acusador... A él, le hubiera perdonado la vida de buen grado, pero me exponía á la venganza más ó menos tarde. ¡Cómo no conservar resentimiento alguno debiendo la existencia á tan vergonzoso precio! Pero... ¡ah! ¡Pluguiese al cielo que viviera aún! ¡Ah! cuando una vez hemos perdido nuestra inocencia, nada va á derechas, y pasamos el tiempo vacilando entre el querer y el no querer! *(Sale.)*

ESCENA V

Alrededores de la ciudad

EL DUQUE vestido con su propio traje y Fray PEDRO.

EL DUQUE.—Me devolveréis estas cartas en momento oportuno. *(Le da cartas.)* El Preboste conoce ya nuestro intento y nuestros planes. Una vez puestos en ejecución, seguid nuestras instrucciones, sin perder de vista el fin de la empresa, aunque tengáis que desviaros á veces de él, según lo aconsejen las circunstancias. Partid, id á casa de Flavio, y decidle dónde estoy: é igualmente á Valentín, Rowland y Craso; y encargadles que cuiden de que acudan trompetas á las puertas de la ciudad. Pero enviadme á Flavio antes que nadie.

FR. PEDRO.—Vuestras órdenes serán fielmente cumplidas. *(Sale.—Entra Varrío.)*

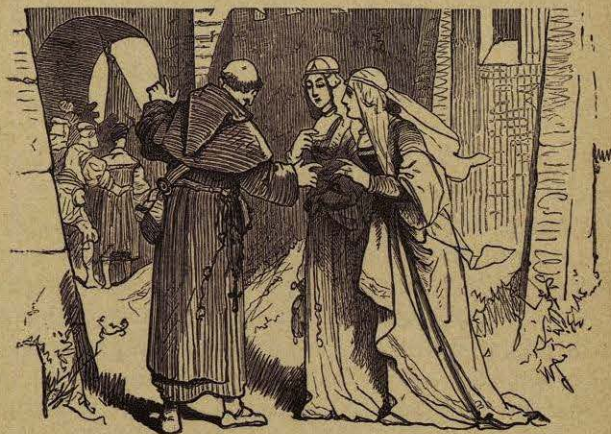
EL DUQUE.—Mil gracias, Varrío; listo habéis andado. Venid, vamos á dar una vuelta; otros amigos van á venir aquí á saludarnos en breve, mi querido Varrío. *(Salen.)*

ESCENA VI

Una calle cerca de la puerta de la ciudad

Entran ISABEL y MARIANA.

ISABEL.—Hablar con tales rodeos me repugna: quisiera decir la verdad entera; pero, en realidad, to-



ca á vos acusarlo abiertamente. Sin embargo, me aconsejan que me encargue yo de ello; dicen que así conviene al mejor éxito.

MARIANA.—Dejaos conducir por él.

ISABEL.—Dice también que no me sorprenda si por casualidad habla en contra mía y en favor de la otra: asegura que el remedio, aunque amargo hasta aquí, sabrá mucho mejor al fin.

MARIANA.—Quisiera que el hermano Pedro...

ISABEL.—¡Oh! silencio... aquí está.

(Entra un religioso.)

FR. PEDRO.—Venid, he dado con un sitio muy cómodo donde podréis ver al duque con toda seguridad; las trompetas dieron ya dos veces la señal de su llegada, y ocupan las puertas lo mejor de la ciudad; el duque no tardará en presentarse; partamos, retirémonos de aquí.

